

JORGE  
FERNÁNDEZ DÍAZ

EL  
PUÑAL

MATERIAL  
EXCLUSIVAMENTE  
DE PROMOCIÓN

 Planeta



## Mesalina

Primero puso unas hojas de diario sobre la tabla de picar y después inició la operación: levantó a la víctima por la cola y comenzó a rasparle las escamas con el cuchillo más pequeño. Terminó la tarea en la bacha, bajo el chorro de la canilla. Cuando estuvo limpia y aproximadamente tersa, arrojó las hojas al cesto de basura, repasó con un trapo la tabla y acostó a la criatura para su disección. Abrió un tajo en el vientre desde las agallas hasta la cola con el cuchillo del chef, y sacó las tripas. Sometió el cadáver al agua fría, frotándolo con suavidad para limpiarle la piel negra, y a continuación procedió a extraerle los ojos, y a cortarle las aletas del costado y las agallas. Estaba dispuesta a cocinarlo con piel, porque le parecía un incordio despellejarlo y porque estaba segura de que tomaría mejor sabor. Aunque más tarde tendría inexorablemente que trocearlo, es decir: decapitarlo y efectuar una incisión profunda por el dorso. A partir de ese momento debía ser muy cuidadosa. Separar lentamente la carne de la espina, abrirlo y cortar los filetes. Y esconder, sin que nadie se diera cuenta, el cuchillo corto. Luego bajo la ducha tendría que apuñalarse el pecho o cortarse las venas.



## I El héroe infame

Aquel sábado fue un día realmente duro: después de haber acibillado a cinco o seis en la retirada, un francotirador inglés con una mira infrarroja me paró en seco y me abrió un buraco en la barriga. Fue en el combate de Monte Longdon. Y cuando desperté estaba todo remendado en una tienda de campaña: nos habíamos rendido. Al volver me dieron tres medallas y me encerraron en una sala psiquiátrica del Hospital Militar. Más tarde me obligaron a firmar unos papeles confidenciales y con otros desamparados y loquitos me subieron en secreto a un camión y me tuvieron dos años en Campo de Mayo haciendo cursos de comandos a órdenes de Leandro Cálgaris.

Cálgaris trabaja desde entonces en una agencia del servicio de inteligencia del Estado. Le decimos “coronel” aunque técnicamente es un retirado del Ejército y reviste como nuestro jefe de Operaciones en las sombras desde 1984: todos los presidentes y ministros lo han tratado en algún momento, y ahora es conocido

en el mundo de la política como “el tipo que arregla los problemas”. El viejo me enseñó a leer y a estudiar, y a ejercer todos los verbos prohibidos. Me salvó de levantarme la tapa de los sesos, como hicieron tantos camaradas de trinchera. Le debo mucho. Y a pesar de todo, lo confieso, a veces me gustaría mandarlo de un tiro al otro barrio.

La chica que estoy siguiendo no es un problema de Estado. Pero es esa clase de asuntos con los que pagamos las cuentas. Le vengo pisando los talones desde el viernes y sé que llegó la hora. Estamos en una disco de la Costanera. La chica tiene un chico que piensa que es grande, y que el Chapo Guzmán le debe un favor. Anda en un Porsche y calza Parabellum de 9 milímetros, pero nunca le disparó a un cristiano y no sabe cómo se siente uno después de ese trámite.

Un rubio musculoso bloquea la entrada y me recuerda con su mirada que sigo siendo un negro de mierda, pero hay algo en la mía que lo convence de que también soy muy capaz de romperle la jeta. Así que me da el paso, y entro en el humo, en las luces y en el ruido. Me abro camino a los codazos y pido una cerveza en la barra. La chica tiene el pelo rojo y el vestido amarillo, y se mueve en la pista con los ojos en blanco, cerca y lejos del chico malo, que baila solo con los gestos y especula con los ojos, como si lo rodearan potenciales clientes o enemigos.

Al rato lo rodean siete anoréxicos, y todos juntos derivan a los abrazos y a los gritos y a los besos hacia un rincón alejado. Acampan dos horas a pura bebida blanca hasta que uno se queda duro, y otros dos se confunden de cuerpos en un amasijo. Estuve en muchas trasnoches, pero pocas veces vi a una chica tan muerta. El amarillo se le subió a la cara, y no sabe si vomitar o comprarse un gato. Su novio, que es un gran pelotudo, se levanta con un porro en los labios y la lleva hasta el baño de caballeros. Quiere inyectarle algo en el brazo para revivirla. Es una canchereada de

falso traficante, de falso influyente y de falso maldito. Le aplasto la nariz de un codazo y le tiro la pistola al inodoro.

La chica no sabe dónde está: tararea una canción de Sumo, le pide explicaciones al espejo y noto que ha perdido un zapato. La tomo de la cintura, pasamos por encima del impostor caído y la arrastro hasta la calle. Pesa y piensa menos que un maniquí. La acuesto en el asiento trasero de la camioneta y salgo a Libertador y subo a la Panamericana.

Estoy tarareando la misma canción cuando llego a La Horqueta. El vigilante sale de la garita, me reconoce y llama por radio a su patrón. Prendo un cigarrillo, se encienden algunas luces en las ventanas. La chica no sabe si aprobó Química de tercero. Viene a buscarla su madre en bata y con lágrimas, y con mucamas vestidas de rosa. Se la llevan a la cama, llaman al médico. El padre, con las manos en los bolsillos, mira la procesión y se apoya en la 4x4.

—Son cinco días, diputado —digo.

—Hace diez que no duermo. Los hijos se nos parecen tanto, pero tanto, que son distintos.

Cobro, arranco, me pierdo en la noche.

Lali tiene treinta y ocho años aunque parece de cincuenta. Es adicta a la cocaína desde hace seis, pero no perdió la figura. Se llama María Laura: ojos marrones, rubia de pelo largo y trenzado, pinta de rockera. Ganó mucha guita en los noventa cuando trabajaba de *paparazzo* para revistas internacionales del corazón. Ahora está de capa caída, y tuvo que vender su alma al diablo para no malvender su colección de Nikon, Canon, teleobjetivos, cámaras digitales *high definition*, y sobre todo su Yamaha FZ16. La sacamos por los pelos de una causa por tráfico ilegal de estupefacientes, y en la actualidad nos hace seguimientos a pedido. Es una motoquera muy eficaz, y Cálgaris le paga con provisiones

incautadas que guarda en su caja fuerte. Esta vez le llevo una bocha bien pura: si no se envicia y la corta bien, puede hacer buena plata en Palermo Hollywood. La cana ya sabe y no se mete con ella. Lali provee a gente del espectáculo. Gente sensible que necesita analgésicos contra la angustia de los dioses.

Pateo la puerta de latón porque con el timbre no hay caso. Son las cinco de la tarde, pero luego de andar despierta cuatro días me imagino que está en estado de coma. Me abre después de un rato. Una rendija donde un vampiro lagañoso pregunta con voz afónica: “¿Qué carajo querés, Remil?”. Tengo muchos nombres, pero en el ambiente me conocen como Remil. Es un chiste de la colimba que se hizo popular en Puerto Argentino. Yo era un dragoneante cruel de la infantería. “Hijo de remil putas”, me decía mi sargento mayor todas las mañanas, durante los entrenamientos. Era un elogio. Quedó Remil. “Tengo hambre”, le digo a Lali empujando la puerta. La rubia trastabilla, está completamente desnuda y el pelo largo y suelto le llega hasta las nalgas. Vive en una planta baja de la calle Honduras. La puerta da a un garaje convertido en loft. El living es un taller mecánico con una Yamaha estacionada en el medio. Hay herramientas y fotos robadas a estrellas menores del cine y la televisión. A unos pasos está la sala larga, con una cama redonda a la izquierda y un laboratorio con isla de edición a la derecha: ahí descansan todos los instrumentos. De solo mirarlos me doy cuenta de que los estantes están un tanto raleados. Lali sacó a remate algunas cosas para seguir parando la olla y mantener el vicio. De un baño emerge un zombi en bolas: tiene tatuados a Evita y a Mick Jagger en el pecho. Suelto los botones de mi gabán y le muestro el cinturón. El flaco no sabe qué es una Glock, pero intuye que si no se raja lo cago a cohetazos. Recoge como puede la ropa y sale como rata por tirante. Abro la heladera, saco fiambre y pan lactal; me preparo un sándwich. Lali no se preocupa porque la siga viendo en cueros; se sienta a



procesar su resaca en una banqueta alta y se queda quietita. Tuvi-  
mos alguna vez algo. Encamadas y no mucho más, y la verdad es  
que le guardo afecto. No me gusta que sea falopera, pero ella me  
gritó muchas veces que ese business no era cosa mía. Así que saco  
del bolsillo la bocha envuelta en papel metalizado, se la muestro  
un segundo y la pongo en el freezer.

—A ver si recuperás esos equipos —le digo metiéndole un  
mordisco al sándwich: parece telgopor. Destapo una cerveza para  
pasar el mal trago—. Dice el coronel que si te enfiestás con esto  
me manda a romperte la casa.

Se encoge de hombros. Nos quedamos en silencio. Miro una  
vez más la secuencia de fotos que le hizo a la duquesa. Son dos  
cuadros sin marcos. Dos momentos maravillosos del periodismo y  
de la aristocracia ibérica. En el primero se ve a la duquesa pasean-  
do por Buenos Aires, haciendo topless en una terraza de José Igna-  
cio, coqueteando con un jugador de polo en una estancia de San  
Antonio de Areco. Ese trabajo local puso a Lali en boca de todos  
los cuervos de Europa. Dos años después le ofrecieron buena guita  
para que la persiguiera día y noche por Brasil. No le dieron un  
solo dato; Lali tuvo que arreglárselas sola para seguirle la pista, so-  
bornar a un conserje y conseguir una moto para no perderla en el  
tránsito pesado de Río de Janeiro. La escrachó finalmente en Río  
das Pedras: la duquesa sentada sobre un plebeyo de color, la du-  
quesa con sus tetas puntiagudas rodando por la arena, la duquesa  
haciendo fellatio. Salvo esa última toma, las revistas y los tabloides  
publicaron todo y se hicieron su agosto. En el ángulo inferior del  
segundo cuadro hay una tarjeta de la duquesa, y una frase manus-  
crita por ella misma. Va dirigida a Lali: “Has destrozado mi vida”.  
Hay otros cuadros y muchas otras presas en esa pared, pero esas  
dos secuencias son los trofeos más preciados de la cazadora.

—Una abogada española —le informo. Lali no levanta la vis-  
ta—. Tiene diez años más que vos, pero aparenta menos. Está

buena, aunque parece más alta de lo que es. Se llama Nuria Menéndez Lugo. Tomá.

Pongo un sobre de papel madera en la mesada. Lali le echa un vistazo, después se pasa una mano por la trucha. Le sirvo un vaso de agua bien fría. Se lo toma de un trago. Le tiembla un poco el pulso. Puede que esté un tanto destemplada. Le busco una camiseta en una cómoda. Cuando se la alcanzo ya está revisando la ficha y las fotos que bajamos de Google. La Menéndez es una morocha que ahora usa tintura rojiza. Pómulos altos, ojos negros, boca carnosa. Menuda pero bien proporcionada. Mucho rímel y rouge. Sacos entallados con solapas amplias; camisas y faldas al tono. A veces, cinturón ancho de cuero para destacarle la cintura. Propensión al negro y a los collares de perlas.

—Abogada —murmura: Lali sigue afónica.

—Alquiló un departamento en Barrio Norte.

—¿Cuánto va a durar esto?

—Te va a llevar tres semanas —calculo.

Lali se pone la remera al revés y mira más de cerca una de las fotos. Luego la aleja para tener una mejor perspectiva.

—Es jodida —decreta. Levanta al fin la vista y me clava los ojos marrones. Ya no parecen velados, de golpe están despier-tos—. Una mina muy jodida, Remil. Y de minas jodidas no hay nadie que sepa más que yo.

Lali no se impresiona con casi nada, pero de repente está asus-tada como nunca. Tiene un mal palpito. Termino la cerveza, la acompaño en el sentimiento.

No digo que soy un atleta, pero el oficio me obliga a mantenerme en forma. Hago fierros y corro una hora todos los días, practico boxeo martes y jueves en Saavedra, y le doy al gatillo con armas cortas y largas en un polígono subterráneo del servicio naval.

Nado varios kilómetros algunos domingos en el Río de la Plata y juego todos los sábados que puedo en el torneo chivo de la Villa Costal. Soy zurdo, pero me destaco por armar bien la defensa. Son torneos por plata, con apuestas y todo, y los encuentros empiezan a las ocho de la mañana y terminan a las ocho de la noche. Todos contra todos, en partidos de 45 minutos, y hay un equipo de narcos, otro de canas, uno de pibes chorros y otro de albañiles, uno de camioneros y otro de rejuntados. Las reglas son laxas, y siempre hay piñas. Con el cansancio y la ambición, las semifinales se vuelven sangrientas. El dueño del almacén hace las veces de huesero y veterinario, y es raro que no deba intervenir para arreglar una quebradura antes de que al desgraciado lo vengán a buscar con una ambulancia del SAME y se lo lleven a la sala de urgencias del Piñero. La final es hacha y tiza. Cae la noche y la patada más baja te la dan en los dientes.

Cuando todo termina, nos tomamos unos vinos baratos en el almacén y nos comemos unas milanesas. Ahí se escuchan rumores, hazañas delictivas, novedades del bajo mundo. Este sábado mi equipo quedó por el camino, así que espero entre el público fumándome un pucho y rascándome los sobacos. Después le digo al patrón que llame al Cerrajero y a la Vieja. Los espero apartado, en una mesa de fórmica con dos sillas carcomidas. Llega primero la Vieja con tres pibes que traen el morro quemado. “Cuidado con la pasta, Vieja, que estos en cualquier momento te dan faca para sacarte dos mangos”, le advierto. Los pibes se ríen, la latita caliente les deforma los labios. “Afuera”, les ordena la Vieja con un grito seco. Se van, pero uno se agarra los huevos y me los sacude. Le sirvo a la Vieja un vaso. Es una mujer hosca y regordeta, tiene cara de rata y pasa del frío al calor en un segundo. Es inexpresiva y nunca mira de frente. Hasta que te mira, te manda una tira de puteadas y te amenaza con un bufoso. Es una cartonera trucha. Sale los lunes con sus pibes, que arrebatan a su paso lo

que pueden, y a la hora de la siesta va tocando timbres y pidiendo ropa por barrios bacanes. Donan poco, pero ella no se preocupa mucho: tiene en la cabeza el mapa de esos edificios, memoriza las costumbres de los encargados, los movimientos y las ausencias, y después les vende la información a los escruchantes o a la policía.

Llega enseguida el Cerrajero, que es un veterano del escruche. Tipo bajito y flaco, pero de brazos musculosos. Se ríe de cualquier cosa, aunque toma el yeite muy en serio. No es drogón y nunca en su puta vida cargó un arma; así y todo estuvo varias veces en cafúa por delaciones. Nunca lo agarraron con las manos en la masa. Es un artista con una única debilidad: los burros. Cálgaris se valió de ella para reclutarlo y para tenerlo enganchado. Les llevo dos fajos y dos planos con la dirección: 14 B, calle Juncal, torre alta y antigua, sin cámaras ni seguridad, pero con un portero que fue policía bonaerense y que no duerme la siesta.

—¿Cómo se llama la mina? —pregunta la Vieja.

—Nuria Menéndez Lugo —le digo rápido, y después se lo dividido en sílabas—. Nuria, Vieja. Es gallega. No sé si tiene mu-cama.

—Nuria —se ríe la rata sin muelas.

—Alquila, así que las facturas no vienen a su nombre. Pero a lo mejor encontrás algo.

—Nosotros te lo guardamos —dice el Cerrajero, que tiene más luces—. Vos no te hagás problema.

La Vieja se esconde el fajo en la bombacha; el Cerrajero besa el suyo y se lo mete en el bolsillo mirando para los costados. Después toma un traguito, chasquea la lengua y pregunta:

—¿Cuándo querés que le reventemos el bulo?

—Dejá pasar una semanas. La Vieja te tiene que averiguar cómo se mueve la vecina de Nuria. Es una matasanos. La Menéndez pasa el día afuera, pero la torda atiende salteado, por lo que sabemos es kinesióloga. Necesitamos estar seguros de que

ninguna de las dos está en el piso cuando los encaremos. Porque los vamos a encarar juntos. El A y el B, frente y contrafrente.

—¿Lo hacemos bien o lo hacemos mal? —quiere saber.

—Mal —respondo—. Nada de llaves ni ganzúas. Con barreta. Entramos en los dos departamentos para que la Menéndez no sospeche. Es muy viva y si le reviso las cosas por ahí se da cuenta. En cambio, si nos afanamos el piso entero va a terminar en la comisaría, y ahí le van a batir que hay bandas de colombianos dedicados al escruche.

—Conozco a varios, son unos pichis —se sonríe—. Todavía barretean. Y la cana les cobra.

—La cana cobra todo —agrega la Vieja.

Saco otro papel, es un plano de Flores. Les informo que el coronel arregló a un comisario. Pueden robar en seis calles a la redonda.

—No se crucen fuera del perímetro porque no hay protección y les hacen la boleta —les digo inútilmente y me estiro hacia atrás: me duele la cintura—. Es buen pago, viven muchos guitudos en esa zona.

—¿Para quién es el botín de Juncal? —pregunta la rata.

—Fifty-fifty —dice el zorro sin mirarla—. A riesgo de que no haya un sope.

—No hay que ser tan ambicioso, Cerrajero —lo calmo, y miro por la ventana.

Se hizo noche cerrada. Salir caminando a esa hora es siempre un riesgo. Los merqueros pueden querer liquidarte para sacarte tres billetes roñosos. Y aunque en la villa saben que soy un muchacho de caño, en la oscuridad todos los gatos somos pardos. Lo normal es salir en grupo, pero estas instrucciones me retuvieron más de lo aconsejable. Me despido de la rata y del zorro, le pago la cuenta al almacenero en el mostrador y salgo a la calle de tierra. Por las dudas, saco la Glock del bolsito y la amartillo. Paseo con

ella un rato escuchando cumbias, me apoyo en un muro donde hay una pintura del Gauchito Gil para dar vuelta una esquina contraindicada, y después sigo derecho hasta el asfalto, siempre por el lado de la sombra. Cruzo una avenida y miro por encima del hombro, y al comprobar que nadie me sigue, devuelvo el percutor a su lugar y guardo la herramienta. Sigo hasta un estacionamiento abierto las 24 horas, pago y me acomodo en la 4x4. Pongo a D'Arienzo. En cincuenta minutos llego al barrio. Vivo en un departamento de cinco habitaciones de Belgrano R.

La puerta es blindada, y tengo dos alarmas especiales. Después de esos rituales dejo la pistola a mano, me desvisto y chequeo el contestador automático mientras abro la ducha. Van surgiendo voces conocidas. La más importante es Rosita: me emplaza a comer un asado dominguero en La Plata y a llevar dos botellas de vino. La última revisión médica no dejó tranquilo a nadie: el sargento no evoluciona y se agregaron algunos "problemitas". Rechisto. La segunda voz interesante pertenece a la gorda Maca: "Acordate de que programamos una sesión para el lunes. Me dijo el coronel que además tenés material para mí. Traélo. Te espero a las once". Maca es psiquiatra. Por prescripción judicial tengo sesiones de control una vez por mes con ella. Maca también es empleada de Cálgaris, y trabajará en el perfil psicológico de Nuria Menéndez. La tercera voz suena metálica: Palma me avisa que se quedará en la Cueva hasta tarde y me pide que lo llame. "Este pibe no tiene vida", pienso mientras me ducho. Yo tampoco. Uso el botiquín de comando para curarme los raspones de la tarde. Después me miro en el espejo de cuerpo entero. Músculos todavía firmes, antiguas cicatrices, tatuajes carcelarios. Un viejo que la pelea, pero un viejo al fin. Sirvo un vodka, me tiro en el sofá y prendo el plasma pero le bajo el volumen. Marco el número de la Cueva mientras hago zapping. Palma responde de inmediato:

—Qué hay.

—Laburo —le digo viendo escenas bélicas en la CNN.

—¿Paga la Casa o la Casita?

—La Casita, bolas —le digo con irritación.

La Casa es el Servicio de Inteligencia. La Casita es la base Chacabuco, que dirige Cálgaris y que no aparece en ningún mapa. Estructura paralela, la nave de los locos. La Casa tiene sus propios técnicos y equipos oficiales para el espionaje electrónico. Nosotros tercerizamos. La Cueva es una oficina de hackers que opera por encargo. Les pagamos con fondos reservados, pero tampoco figuran en ninguna planilla. Los pibes son dueños de una tiendita muy próspera con clientes privados de bolsillo generoso. Empresas de seguridad que piden un seguimiento electrónico para la esposa infiel de un cliente. Directores de recursos humanos que contratan una persecución silenciosa de cierto empleado deshonesto. Accionistas que encargan seguimientos informáticos de sus gerentes más leales. Políticos, sindicalistas, periodistas. Todos contra todos, en busca de sus secretos. La parte más entretenida, sin embargo, es penetrar la intimidad de las estrellas de la farándula. Esos romances y pecados estallan luego en los programas de chismes de la tarde, y los muchachos de la Cueva se matan de risa. Palma es el más hábil y obsesivo de todos: vulnera cualquier servidor, interviene casillas encriptadas, intercepta mensajes a través del mecanismo *man-in-the-middle*. Y maneja el equipo Premium: micrófonos láser y direccionales, valijas y escucha de telefonía celular analógica-digital. No quiero aburrirlos. La intimidad ya no existe.

—¿Quién es, qué hace? —pregunta Palma.

—No es una actriz de culebrón —lo decepciono—. Es una mujer de leyes. Antes de acostarme te paso la data por correo. Tiene dos celulares, un teléfono de línea en el estudio y otro en el departamento. Carga siempre con una tablet y a veces con una netbook.

—¿Qué estamos buscando?

—Ni idea.

—Eso encarece mucho.

—No creo que quieras regatear con el coronel.

—No hace falta que me mandes el dossier de Nuria Menéndez Lugo. Ya lo tomé de tu escritorio. Tu password es muy fácil: R7I. Remil. Cualquiera sabe que estabas en el Regimiento 7 de Infantería cuando cayó Puerto Argentino.

—Fue la unidad con más bajas —le digo distraído: CNN transmite ahora desde las convulsionadas calles de Siria—. Tuvimos 37 muertos y 137 heridos.

—Me aburre tu melancolía, Remil. Hasta mañana.

Me lo imagino sentado ante su consola, rodeado de pantallas, revisando mis archivos. Un adolescente sin edad, con remera de George Romero, gorrita de béisbol y un chupetín en la boca babosa. Jamás dejó las cosas verdaderamente importantes en mi PC; las guardo en un puñado de pendrives que escondo en un zócalo falso. Unos discos de copia descansan también en una caja de seguridad del Banco Francés junto con un Magnum 357 de valor sentimental. Para las carpetas confidenciales de mi máquina casera tengo un virus arrasador y para los papeles, una trituradora que reduce todo a virutas blancas. Me causa gracia que Palma nade en mi pecera buscando inútilmente su alimento.

Por más cansado que me encuentre no consigo pegar ojo si no leo un rato. Es una costumbre que me inculcó Cálgaris, un fanático de la historia y específicamente del Imperio Romano. De joven me obligaba a despachar un libro por semana y me interrogaba después sobre su contenido. Puto cabrón con delirios de grandeza. “Somos la Guardia Pretoriana —decía el viejo whiskero—. Y cada uno de nosotros debe alcanzar la templanza de los centuriones”. Veinticinco años después Leandro Cálgaris sigue tomando whisky pero ya no me toma lecciones: solo



recomienda un autor o habla tranquilamente de alguna biografía novelada. Rara vez trae a colación una escena o un personaje de la historia y lo hace para ejemplificar alguna situación del presente. Sabe que ya no necesita incentivar-me, que la droga histórica no me dejará nunca.

En la mesita de luz me reconcilio con una crónica sobre los prolegómenos de Al Qaeda. Tardo cuarenta páginas en dormirme. Sueño con la villa: estoy en un partido interminable, me encuentro exhausto, pero sé que si paro a tomar aliento un jugador me pegará un puntazo, y después otros caerán sobre mí para matarme. Entonces saco fuerzas de la desesperación y sigo corriendo y corriendo mientras me siento morir. Me despierto cansadísimo, y preparo un desayuno rápido: café expreso, jugo de naranja y galletitas con queso blanco. Leo los diarios lentamente, con un resaltador amarillo, y algunas veces pinto una frase o un párrafo. Recorto artículos políticos o policiales, y hago anotaciones al margen con una birome. Es un acto reflejo. “Casi todo está en los diarios —me decía Cálgaris en los comienzos—. Solo hay que aprender a leerlos”.

Hago cuarenta y cinco minutos de pesas y abdominales en el cuarto de los aparatos. Me vuelvo a duchar. Me visto de negro, me pongo el gabán y me calzo la Glock para no salir desnudo. Saco de la alacena dos malbec y salgo con la 4x4 por Virrey del Pino hasta Libertador. Voy camino a La Plata, con el sol en la sien. Es un día frío. Pienso en Maca, que me espera mañana para revolverme las tripas. Sonrío al recordar cómo Palma hackeó su casilla e interceptó sus correos. De esto debe hacer un año, pero cada tanto la pincha por diversión. Maca es lesbiana y tiene un amorío a distancia con la señorita Flores, una agente encubierta que Cálgaris destacó en el Palacio de las Cortes de España. Luciana Flores, ex policía federal, rubia oxigenada, nariguda y culona, rápida para los mandados pero propensa a la astrología. Maca

cometía el terrible error de comentar con ella, entre promesas eróticas y frases amorosas, la pesquisa psiquiátrica que estaba haciendo sobre mí a pedido de un juez. No voy a entrar ahora en tema porque es largo y escabroso. Baste decir que Cálgaris me infiltró en una banda de ladrones de camiones de caudales, y que después arregló todo para que me detuvieran y procesaran, y me metieran en una cárcel de máxima seguridad con el objetivo de desbaratar una banda que actuaba dentro del servicio penitenciario. La joda duró cinco meses y nunca tuve que pelear tanto para mantenerme con vida. Ni siquiera en Monte Longdon. Hubo temporadas en que luchaba a mano limpia o con faca dos o tres veces veces por día. Ya lo contaré en alguna otra ocasión, porque ahora estoy saliendo a la autopista y el tránsito viene complicado. El asunto es que me sacaron a tiempo y me limpiaron el expediente. Declaré como testigo protegido, pero un abogado del prefecto mayor presionó para que el juzgado me hiciera una revisión psiquiátrica. No salí muy bien parado de esa prueba, así que el juez ordenó que se me sometiera a un control periódico. Cálgaris logró que el trámite permaneciera en los límites de la Casita. Hay que decir la verdad: al juez lo teníamos filmado con una menor en un puticlub de la calle Tucumán. No opuso mucha resistencia.

Todo este rodeo es solo para explicar que los mails de Buenos Aires a Madrid y viceversa eran realmente deliciosos. Después de quince sesiones, Maca le revelaba a su amante que yo había tenido “vivencias de shock” y “neurosis de guerra” y, en consecuencia, fuertes alteraciones postraumáticas. Era un huérfano total antes de entrar en el Ejército y un dragoneante condecorado al salir. Haberme mantenido, sin embargo, dentro de la estructura de inteligencia, haber sido entrenado como un agente y un soldado había resultado “un factor protector”. Pero tanto las secuelas como las nuevas actividades de esta profesión me habían transformado, escribía Maca: “Tiene una rápida adaptación para

sobrevivir a cualquier cosa y es capaz de deshumanizarse. A veces pienso que es incapaz de sentir”.

Con cierta lógica, la Flores le señalaba que yo me consideraba “fuera de las reglas”. Y preguntaba cuál era mi signo. Acuario. “Encaja perfectamente con una de sus variantes —se excitaba la rubia oxigenada—. Nunca revela sus sentimientos, pero le encanta bucear en los sentimientos de los demás. Es un sabueso nato, tiene motivaciones complejas, le gustan las experiencias extrañas. Utiliza instintivamente un código moral propio”. Maca le respondía: “Puede ser impersonal pero a la vez mantiene una emocionalidad agazapada”. Era fantástico ver cómo la psiquiatría y el zodíaco trataban de entenderme. Al final, Luciana le preguntaba a su novia si ella estaba caliente conmigo. Discutían. Se maltrataban. Se despedían para siempre. Se volvían a escribir. Recomendaban fogosamente esa pajería inútil. Me dejaban en paz.

Estoy llegando a Tolosa. Es un barrio de casas bajas. El chalet descascarado del sargento queda en una esquina. Subo la camioneta a la vereda y toco timbre. Viene un olor a carne asada que excitaría hasta a un vegetariano ortodoxo. Rosita es una gran Parrillera, me abre con una sonrisa triste y autoritaria. Alguna vez fue bailarina de caño y puta de copas. Está más ajada, pero es todavía un pedazo de hembra. Nos abrazamos brevemente, me ordena que pase, y me advierte que la comida se enfría.

El interior del chalet siempre me parece sombrío, pero los fondos son luminosos: tienen quincho, parra y jardín. El sargento y su silla de ruedas están acomodados al solcito. Rosa lo emponchó y le puso un funyi para que no se congelara con la fresca ni se quemara por la resolana. Desde que tuvo el accidente cerebrovascular no se levanta de ese trono; apenas puede girar la cabeza y mover un poco el brazo izquierdo. No ha sido muy obediente de los médicos: se niega a la rehabilitación y a las dietas, y Rosita se hace mucha mala sangre.

—Dame un faso —me ordena.

—¿Ya no nos saludamos más, mi sargento?

—Sargento mayor para usted, recluta.

Miro a Rosita que está removiendo las brasas. Le muestro el paquete de Parisiennes. Niega con la cabeza pero lo hace con resignación, se encoge de hombros y sigue con su tarea. Prendo dos cigarrillos y le pongo al sargento uno en los labios. Pudiendo mover su mano no la mueve, solo aspira una bocanada y larga el humo por la nariz. Fumamos los dos mirando el naranjo y los jazmines. Arrastro una silla y me siento a su lado. Rosita nos está anoticiando de que abrieron una carnicería en el barrio y que consiguió una entraña muy sabrosa.

—Murió Santiago, ¿te enteraste? —pregunta el sargento.

Viéndolo de cerca noto que en treinta días ha envejecido un año. Lleva a ninguna parte la piel reseca y el cuerpo hundido. Pero además tiene los ojos muertos. Y eso no pasó ni siquiera cuando nos traían prisioneros y derrotados en el Canberra. Su amargura lleva décadas y hace tres años el ACV le remachó los clavos del ataúd, pero de todas maneras su mirada hasta ahora se había mantenido ilesa y luminosa. Esta mirada vacía es completamente nueva.

—¿Qué Santiago?

—Santiaguito, pelotudo. El pibe al que se le atascó la Mag cuando cayó aquella nevada fuerte.

—¿Un bobazo?

—No, qué bobazo. Se cayó del tren.

Nos quedamos mudos. Rosita trata de meter música en la angustia. La música de su conversación. Habla del jardín, de los vecinos, del clima, de la política municipal. El sargento y yo oímos la música pero no escuchamos la letra. Escupe la colilla del cigarrillo y yo arrojó la mía a las brasas. Descorcho el primer malbec. Rosita le espanta la ceniza del pecho, le acerca el vaso a la

boca, le enjuga las comisuras. Empujo la silla para que él pueda abocarse a la primera entraña. Comemos. La carne está deliciosa. Rosita le corta finito los manjares de su plato y se los da como si fuera papilla. El sargento pide que le llene el segundo vaso. No le doy charla porque sé que me saca carpiendo. Espero lo inevitable. Hace treinta años que pasa exactamente lo mismo. El sargento encontrará el modo de hacer un comentario sobre el 11 de junio. Empezará por los cañonazos de los buques, o por el inglés que pisó una mina en los “campos de la muerte”, al noroeste del monte. El ataque sorpresa del regimiento de paracaidistas, el cielo cruzado por bengalas, los morteros, el tableteo de las ametralladoras, la lenta noche de heroísmos y cobardías. El modo en que yo me volví loco. “¡Hijo de remil putas, replegate! ¡Te ordeno que te repliegues!”. Los recuerdos derivarán en los camaradas de la Compañía de Ingenieros y en el Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado. Los fusilamientos que el enemigo ejecutó en el campo de batalla. Aquel gurka que le arrancó de una ráfaga corta el ojo izquierdo y la masa encefálica a un compañero. Que después sobrevivió porque Dios es grande. Cosas vistas, entrevistas, oídas, ciertas y falsas, agrandadas y empequeñecidas por el tiempo. El sargento llevándome al hombro kilómetros y kilómetros para salvarme de la muerte. El hospital de mutilados, la capitulación, el regreso. Decenas de nombres. Qué fue de este soldado, qué hizo aquel oficial. ¿Te enteraste de que mengano se mató, sabés que fulano tuvo un hijo? “Entre toda esa muchachada el único que salió torcido fuiste vos —dice siempre en los epílogos, y esta vez no es una excepción—. La manzana podrida”. Nos reímos un poco. Cuatro horas después, Rosita ya duerme la siesta en una hamaca paraguaya y el sargento hace una pausa, tiene un cansancio animal. En todo este tiempo, vaciamos las dos botellas y el paquete de cigarrillos. Los ojos muertos han revivido un poco y se han vuelto a morir. Estamos muy juntos, hablamos

entre susurros. La tarde cae asombrosamente rápido. Las brasas mantienen un cierto calorcito, pero pronto el sargento sentirá frío y sueño, y me pedirá que lo lleve hasta el dormitorio y lo acueste en la cama. Rosita, al oír el ruido de la silla de ruedas, vendrá detrás, le dará sus cuatro pastillas con un vaso de agua, le besará los labios, le apagará la luz y le cerrará amorosamente la puerta. Antes de que todo eso ocurra, esta vez el sargento me dirá en un soplo: “No quiero que a Rosita le falte nada, Remil”. Me gustaría contradecir su pesimismo o aunque sea abrazarlo, pero sé que sería muy capaz de escupirme. Le acomodo mejor el funyi. “Los matasanos le avisaron que empeoro día a día —agrega, pero sonrío sin gracia—. No dejes que me metan bajo tierra, siempre tuve claustrofobia”. Rosita ya le prometió cien veces una cremación, pero el jefe solo confía en su recluta. Asiento y asiento, muevo la cabeza como esos perros de juguete que antes ponían en las lunetas de los autos. Empujo la silla, Rosita acude a su cita y cumple el rito. Limpio la parrilla mientras ella lava los platos. No cruzamos una palabra. No podemos.

Después nos echamos unos polvos silenciosos en el quincho.

Maca es una gordita de facciones agradables y tetas portentosas. Usa unos bifocales de montura colorada que le hacen juego con el rouge, el cinturón, la lapicera y los zapatos. Está leyendo la carpeta confidencial de seis páginas que le traje: ahí está casi todo lo que por ahora sabemos de Nuria Menéndez Lugo. Recién, al evaluar unos segundos la foto de la morocha, dibujó con la boca un mohín extraño, como si estuviera haciendo fuerza para no reírse. Me doy cuenta de que está pensando en su novia. La rubia oxigenada corre por Madrid para llegar a tiempo con una investigación a fondo sobre nuestra misteriosa abogada. Maca y Luciana Flores deben estar intercambiando por las noches opiniones malévolas

sobre la gallega. Ya sabrán con certeza lo que yo apenas adivino. Que Nuria no es lesbiana. Pero quién sabe qué deducciones astrológicas habrá pergeñado la Flores acerca de esa mujer elegante.

Miro alrededor y prendo un cigarrillo. Estamos en los fondos de la planta baja de la Casita. La oficina de Maca da a un patio interno con malvones. Es un panorama deprimente. Todo el edificio lo es. El coronel ocupa, en lo más alto, un despacho con vista a la calle Chacabuco, un paisaje que tampoco da muchas ganas de vivir. En recepción, antes de entregar el arma y de pasar por el detector de metales, me acaban de comunicar que el coronel me espera a las doce. Hay una hora por delante. Maca dejará de un momento a otro el dossier Menéndez, se tirará hacia atrás, me mirará a los ojos y tratará de sorprenderme con una pregunta íntima o un golpe bajo. Es su modus operandi. Podría inventar por completo los informes para el juzgado, y de hecho redacta una minuta llena de lugares comunes donde aparezco como un paciente con grandes progresos. Pero el coronel le ha pedido que escriba, en paralelo, un informe veraz “solo para sus ojos”. Cálgaris monitorea mi cabeza, cree que puedo tener algún desvío y causarle un dolor de huevos. “Al contrario —me dijo una vez cuando se lo eché en cara— lo hacemos por tu bien”. Qué considerado, el muy hijo de puta.

Ya pasamos por mi infancia y los traumas de la guerra, también por los efectos colaterales que trae este oficio. Ya tuvimos algunos tramos incómodos, como cuando me preguntó sobre la muerte. Por esa época yo había recibido una orden que no se podía cumplir. La corté con la misma brusquedad con que lo corté al coronel: “No soy un sicario”. Cálgaris pasó por alto la insubordinación y olvidó el tema, pero Maca casi salta del asiento. Esa semana escribió un mail a España con una frase memorable: “Es curioso, ante sí mismo se siente un soldado, tal vez un mercenario, a veces un guardaespaldas, un espía o un detective, aunque nunca entra en esas fantasías literarias baratas. Pero estos

días he descubierto que muy atrás y muy adentro este boludo se considera una especie de héroe”. En el correo de respuesta, Luciana Flores agregaba un concepto irónico: “Sí, un héroe infame”. Así que eso somos, amigos. Ni héroes de corazón puro ni héroes cansados. Solo somos héroes infames. Aventureros sin moral en los desagües de este país lleno de gente honesta y desinteresada.

—Hace siglos que no hablamos de tu vida sentimental —dice Maca soltando el dossier, tirándose hacia atrás y mirándome a los labios—. ¿Cómo va la cosa? ¿Hay alguna mina?

—Muchos acuarianos somos un poco cerebrales con los sentimientos —le contesto, y largo una bocanada de humo. Se nota en su cara que ahora el golpe bajo se lo di yo: está de repente tiesa, como si sospechara que la estuve espiando.

—No sabía que leías el horóscopo —dice a media voz, un tanto descajada—. Qué sorpresa.

—Hay algunas refriegas —me encojo de hombros. Estoy a punto de decir algo, pero me contengo.

—No te contengas —me apura, pero con muchísima prudencia. Después empuja otro poco—. ¿Qué?

—No soy profundo en el amor, ni fiel por mucho tiempo.

—¿Nunca te enamoraste? —Recupera cierta serenidad profesional. Me hace gracia.

—Soy un poco disperso y no me gustan las complicaciones.

—Insisto: ¿nunca?

—Alguna vez, en la prehistoria —sonríó—. Ahora me siguen algunas viejitas, pero no las dejo entrar.

—¿Qué más?

—Nada más, ¿cuánto es?

—¿Qué más, Remil?

—El amor no es imprescindible.

Aplasto el pucho en el cenicero y miro la pared. Maca muerde su lapicera y anota una palabra en el bloc.



—¿Y qué sentís cuando te metés en la intimidad de las personas? —pregunta, y da precisiones—. Cuando abrís sus secretos y ves que esas personas sufren, se engañan, tienen esperanzas.

—Cuando tienen esperanzas me dan un poco de lástima.

—A ver.

—Nunca tengas esperanzas. Así nunca tendrás desilusiones.

—¿Qué es eso?

—Una frase para la posteridad.

—Hablemos de nuestro jefe máximo.

—¿Qué quiere saber Cálgaris?

—No es lo que quiera saber él, sino lo que quiero saber yo, Remil.

—En este caso es más o menos lo mismo.

—El año pasado confesaste acá que a veces fantaseabas con meterle un tiro.

—No era una fantasía.

—¿Y qué era, entonces?

—Un deseo —digo como paladeando la palabra—. Matar al padre.

—¿Y qué pasa si un día retiran al coronel?

—No hay nadie en este país que tenga el suficiente poder para hacer eso.

—Bueno, ponele que el coronel se muere de un cáncer fulminante.

—¿Qué pasa?

—Eso decímelo vos. ¿Qué pasa?

Me quedo un minuto entero buscando una respuesta precisa. Maca ya está completamente relajada. Me tiene en un arco. Su boca forma de nuevo ese extraño mohín, como si hiciera fuerza para no reírse. Conchuda.

—Me jubilo —digo al fin—. Y le doy una mano a Missing Children.

—¿Missing Children? —se asombra.

—Busco chicos perdidos. Pero no porque tenga un gran corazón. Sino porque es entretenido.

—¿Qué cosa?

—Seguir.

—¿Seguir con la cacería?

Parpadeo un poco. La gorda es buena. Hay que admitirlo. Muy buena. Sí, se trata de cazar. Toda la historia humana trata sobre cazadores y presas. Lo llevamos en la sangre, ¿no? Maca anota otra palabra.

—¿Llorarías, Remil? —pregunta de sopetón—. Quiero decir: ¿llorarías al enterarte de que el coronel se murió? ¿Llevarías la manija de su cajón, hablarías en su entierro? ¿Lo extrañarías? ¿Te levantarías la tapa de los sesos?

Respiro con cierta agitación, como si viniera de un trote. Maca percibe en la mirada que me estoy poniendo un poquito peligroso. Parpadea mucho, sé que se le secó la boca. No es para menos.

—Me hacés acordar a un preso —le digo lentamente—. Pasó de la cortesía del rancho a darme un puntazo en la barriga, y otro en el brazo y, cuando me di vuelta, dos más rápidos en los riñones y en la nalga. Acá, ¿ves? Y acá. Uno detrás de otro como puñalada de loco. Estuve seis semanas en el Hospital Churruca.

El silencio es tan largo que Maca mira la hora. Después se pasa la lengua por los labios pintados y escribe una oración compuesta.

—Entraría en su dúplex de Recoleta y le robaría los cuatro cajones de etiqueta azul que esconde en los armarios secretos que tiene debajo de la escalera —digo parándome; no reconozco mi voz—. Y me tomaría una botella por día en honor a su infinita bondad. Anotá bien ese detalle: debajo de la escalera. Y mandale saludos.

Retrocedo hasta la salida y me cuido muy bien de no dar un portazo. Conchuda. Gorda conchuda. Después tomo el ascensor y desemboco en la salita de las dos secretarias. Son increíblemente feas y lacónicas. Me hacen esperar quince minutos; en la mesita

ratona se acumulan revistas de turismo. Hay una dedicada a Escocia. Aparecen la isla de Skye, las montañas de Cuillin y un resaltador reciente que marca la frase “exuberante aroma y peculiar sabor a turba, ahumado y salobre, con notas de algas marinas”. Veo adónde va el patrón: derecho a una botella de Talisker. Tal vez, después de todo, en su impenetrable y enigmático departamento de dos pisos, el coronel ya no guarde bajo su escalera una provisión de Johnnie Walker, sino este dorado rojizo que debe hacerle agua la boca. ¿Cuántos años tiene Cálgaris? ¿Cómo puede ser que siga chupando como si nada, fumándose cincuenta pipas al día, practicando ese sedentarismo mortal? ¿Qué pasa realmente si me despiertan una mañana con la noticia de que estiró la pata? Gorda hija de puta.

Una de las dos secretarias me nombra por uno de mis tres apellidos falsos y me informa que ya puedo pasar. Talisker. Tengo que memorizar este dato.

El coronel está hablando por Skype con un tipo; no le preocupa que oiga los detalles. Me hace señas para que me acerque y me sienta en un sillón. Está detrás de su imponente escritorio de roble; se escucha bajísimo un concierto de Thelonious Monk. Flota en el aire el olor de su tabaco, que es una rara mezcla de cherry. “Una combinación de Virginia suave con un toque de Burley”, le explicó una vez a un ministro de la Corte Suprema, mientras tomábamos café en su despacho. Su señoría tenía un problema que no lo dejaba dormir: un legislador estaba escarbando en una quiebra fraudulenta del pasado con la intención de sacarla a la luz, contar cómo se había tapado todo y pedirle juicio político. “No nos gustan las campañas sucias”, le dijo Cálgaris. Y al salir de ese templo de la justicia, me pidió que le buscara al legislador toda la mugre que pudiera. Tenía mugre, como cualquiera: se cogía a la esposa de su jefe político. Cálgaris le mandó una foto íntima por e-mail y después le transmitió por terceros que no hinchara las pelotas. Santo remedio, no las hinchó más.

El pez gordo de la Casita tiene ojos claros y un rubio nevado, bigotes amarillentos y voz aguardentosa. Es un anciano indefinible de mediano porte. No deja la corbata ni que lo fusilen. Usa camisas blancas y gemelos verdes. Jamás le descubrí los zapatos descuidados, siempre lucen como nuevos. Y la mayoría de las veces lo son. Tuvo una esposa, pero enviudó en 1993. Sé que tiene dos hijos radicados en Europa y que lleva una vida solitaria en Buenos Aires, rodeado de libros de historia, de mapas y brújulas y armas antiguas que colecciona. Sé también que tiene un velero, con el que se escapa algunos fines de semana a las costas uruguayas. Y una hembra con la que se alivia en el casco histórico de Colonia.

Por el curso de la conversación adivino que habla con un agente que es tratante de blancas. Un cafishio que maneja la prostitución de alta gama y que tiene un impresionante caudal de información sobre políticos, empresarios, actores y futbolistas. Gana tanta guita que a veces el coronel tiene que recordarle su misión original y tirarle un poco de los huevos. “Cambio y fuera”, le dice y desactiva la comunicación. Se lleva las dos manos a la nuca y mira el techo unos segundos. No lo interrumpo. De pronto dice “bué”, se pone derecho, palmea el escritorio y elige una de sus diez pipas.

—Estamos rodeados —dice como para sí mismo. Abre el tabaco y comienza a llenar el hornito—. ¿Cómo va la operación?

—Pusimos las cañas —le respondo.

—Acordate de que necesito todo en veinte días —me amenaza apuntándome con la pipa. Después se la lleva a la boca y la prende con un encendedor especial.

—Podemos meterle micrófonos ambientales —le digo irónicamente—. O usar un equipo remoto de trescientos metros.

—No es para tanto —lo descarta rascándose el bigote amarillo. Lanza la primera bocanada y llena el aire de aromas. Se queda

chupando un momento la boquilla, pensativo. Después levanta la vista—. Igual te voy a meter en otros dos quilombos. ¡Porque este mes estamos rodeados! Pero ojo: *touch and go*. No te vayas a distraer, que la Menéndez es lo más importante. *Touch and go*.

Prendo mi cigarrillo. Hay un concurso de humo. El coronel tiene el rubor de un hipertenso y la mirada húmeda de un alcohólico. ¿Y si el viejo revienta?, me pregunto. Conchuda. Consiguió meterme una bala. Lo veo abrir un cajón y sacar un recorte de diario y un disco. Despliega el recorte sobre el escritorio siempre immaculado y lo picotea con el dedo índice.

—No te habrás olvidado de Holguín —se ríe.

Un veterano barón del conurbano. Fue reelegido seis veces, nunca perdió un comicio, está prendido en todas y, a pesar de ser un corrupto famoso, los vecinos lo idolatran. Tal vez por eso mismo; la gente es muy rara. Hace seis meses le hicimos un favor. Sospechaba que su segunda esposa, veinte años más joven, le estaba metiendo los cuernos. Como todos estos pescados, no quería involucrarse con la policía ni con las agencias de seguridad. Hicimos un seguimiento de dos días y saltó que la mina culeaba con su personal trainer. Palma le grabó al tipo varias charlas telefónicas: ella estaba enamoradísima, pero él tenía dos amantes en el mismo gimnasio, hacía kick boxing y a veces cargaba carne por popa. Nada fuera de lo común: un metrosexual con algo de gigoló y de taxi boy. Le encantaba experimentar los límites de su cuerpo.

—¿Qué hizo Holguín con el material que le pasamos?

—A ella no le dijo nada, yo la hubiera echado a la calle a patadas en el orto —declara lord Cálgaris—. Pero el boludazo la quiere reconquistar. ¡Dios mío!

—Hay que sacar al profesor del medio.

—Ya ves, nada original.

—Está bien, que pase el que sigue.

—El que sigue es un poco más espinoso —Ahora coloca el disco sobre el recorte. Sé que ahí voy a encontrar toda la información—. Hay una senadora cordobesa. Elena Parisi. Es amiga. O algo así. Nos enteramos de que Fierrito la extorsiona con un libro de denuncia.

—¿Otra vez?

—Desde que lo desconectaron de la “cadena de la felicidad” anda en estos rebusques.

—Canta retruco con un cuatro de bastos, coronel —me quejo.

—Se lo dije, se lo dije —asiente—. Pero ella sigue inquieta. Y tampoco tenemos la seguridad total de que sea un bluff. Quién sabe, a lo mejor ahora tiene algo más que papel pintado.

—Si me disculpa —lo interrumpo, algo molesto—. Eso se arregla con un llamado suyo. Fierrito trabajó para la Casa una punta de años.

—No responde a nadie, está desbocado —contesta volviendo a encender la pipa. Se ve que lo está pensando bien—. Era un buen periodista, pero se envició con la fácil. Nosotros tenemos algo de culpa.

—Hace tres años le sacó un anticipo a una editorial —le recuerdo. Una biografía no autorizada sobre un ilustre miembro de la patria contratista—. Se lo gastó en un viaje por Egipto, simuló que hacía una investigación, dejó saber que tenía una bomba y después cobró del otario una moneda grande para abortar el proyecto. La editorial le hizo un juicio que nunca va a ganar. Fierrito es un incobrable y un insolvente. El más grande chanta que tuvimos cerca.

—Esta vez quemale el rancho —dice con algo de pesadumbre—. Pero quemáselo en serio. Un día de estos vende que quiere contar todo sobre nosotros y vamos en cana.

—No tiene nada, coronel. Siempre fue un pelotudo periférico.

—Tiene lo suficiente como para una tapa de *Noticias* —dice, y miro la pared: hay tres pinturas náuticas, y el cuadro con una

portada periodística donde se promete en tipografía misteriosa la historia del “hombre que arregla los problemas” de los políticos argentinos.

A Cálgaris se le formó, al principio, una flor de úlcera. Ser expuesto a la luz por una revista lo avergonzaba. Desde dos comisiones de Diputados les pidieron explicaciones a sus superiores, pero al final el escándalo se fue apagando y entró en vía muerta, gracias a tres factores: tuvimos un poco de suerte, operamos en otros niveles y se comprobó que a la hora de los bifes nuestros clientes de toda la vida tenían mucho que perder si el expediente no se olvidaba. Se olvidó, y ahora es un cuadro, casi una condecoración, una joda interna.

—“Habla Fierrito, el primer arrepentido de los servicios de inteligencia” —recita el coronel, riéndose y tosiendo. Tiene también un catarro crónico y acuoso.

—¿Quién es Nuria Menéndez? —le pregunto a quemarropa.

Se pone serio. Estoy acostumbrado a saber que hay muchas cosas fuera de mi alcance y que en esta agencia escaneamos a las personas a cuenta de terceros sin preguntar demasiado, casi siempre a ciegas, con indiferencia y mala leche. Ejecutivos con grandes responsabilidades, funcionarios con áreas sensibles, candidatos a cargos legislativos, roqueros y actrices, delincuentes con carnet, facinerosos de la política y mosquitas muertas del espectáculo. Pero siento en los huesos que la Menéndez es un asunto especial, y que me han dado la orden de abrir sin anestesia y con bisturí sin decirme qué me voy a encontrar adentro. Pienso además en aquel mal palpito de Lali: “Esa mina es muy jodida, Remil”. Y recién ahora admito una inquietud, una rara curiosidad, que no me deja dormir tranquilo. A mí, que puedo torrar como un bebé en el pabellón de asesinos múltiples de Sierra Chica.

Como la pipa se le apagó hace un rato largo, Cálgaris se estira y recoge un atacador. Aparta con la cucharita las cenizas, mete el

punzón para darle más oxígeno, agrega y compacta el tabaco dentro de la cámara y vuelve a encenderlo. Lo hace con lentitud y con la mente en cualquier parte. Estoy a punto de sacar otro cigarrillo pero cambio de parecer. Me voy a fumar esas largas bocanadas que me tirará en la cara. Monk terminó su concierto y volvió a empezar. Puede sonar todo el día, durante toda una semana. O puede también que una de sus dos secretarias lo cambie por una sesión improvisada de Stan Getz. El coronel me ha inculcado la Historia pero no ha logrado nada con el jazz. Un negro de mierda como yo siempre va a preferir el tango.

—Ya sé que no leíste a Ovidio —dice finalmente con la frente arrugada—. Pero no te habrás olvidado de cómo cayó en desgracia con César Augusto.

—Lo mandó al exilio —confirmo. Lo tengo presente más como personaje de una conjura que como poeta. Se imaginan: lo mío no es la poesía.

—¿Sabés qué decía Ovidio? —pregunta el coronel con una suavidad escalofriante, y es lo último que va a decir—. “Una mujer siempre está comprando algo”.